

En pequeñas dosis

Anna Guezmer



En pequeñas dosis

Anna Guezmer

Capítulo 1

La sordera

Puesto que a diferencia de los ojos, era imposible cerrarlos de forma voluntaria, a Matilde solo se le ocurrió un remedio drástico. Encontró unos antiguos tapones de espuma, de esos que se comprimen al apretarlos entre las yemas de los dedos y que después se expanden rellenoando el volumen vacío del conducto auditivo, y con mucha paciencia, tras recortarlos a la medida precisa para no poder ser extraídos, se los introdujo.

En el pueblo aún continúan sorprendidos por la repentina sordera de Matilde. Ella, ajena a sus recomendaciones para hacerse ver por este o aquel especialista, se pasea orgullosa ignorando los comentarios despiadados de sus vecinos, convencida de su acierto al prescindir de los sonidos del mundo.

Capítulo 2

Desconocida

Durante toda su infancia, sus cuatro hermanos mayores dirigían los juegos: duelos en el lejano oeste o batallas entre piratas. Él nunca les dijo que prefería pasar las horas mirándose al espejo con los labios manchados de aquel rojo Chanel que usaba su madre. Por eso, muchos años después, la Nochebuena que apareció embutido en una minifalda de cuero y luciendo un escote de la talla cien, fue preciso trasladar a toda la familia al servicio de urgencias del hospital comarcal.

Capítulo 3

¿Pecado venial?

-Miguel, necesito que nos veamos más a menudo. Esto que siento solo puedo hablarlo con usted.

-Yo también deseo verla, pero debe ser prudente y comprender lo delicado de la situación.

Rocío se abotonó la blusa, se arregló el chal y salió del confesionario. El padre Miguel hizo lo propio y se dispuso a officiar misa. Mientras se dirigía hacia el altar, alabó secretamente la amplitud de su sotana.

Capítulo 4

Celebración

Me pregunté quién sería la mujer que en ese momento me anudaba la corbata. Abrí la boca y educadamente le pregunté quién era. Ella me miró sorprendida y yo más sorprendido aún, recibí la respuesta en un idioma extranjero que identifiqué como sueco. Varias imágenes aparecieron en mi cabeza. Recordé un gran salón, una cena y el chaqué.

Y entonces lo comprendí. La prensa de medio mundo esperaba mis declaraciones tras la concesión del Premio Nobel. Necesitaba urgentemente un botellín de agua. La resaca de la noche anterior me había dejado la boca seca.

Capítulo 5

Primicia

No dije que lo sabía. Hubiera estropeado su primicia. "Tu marido tiene una aventura", me soltó con aquella mueca de desdén tan suya. Yo puse la foto sobre la mesa. Su entusiasmo se hizo añicos. Mi marido y el suyo caminaban cogidos de la mano.